



VIRTUD DEL DON DE SI MISMO

LA HUMILDAD DEL AMOR

Quál debe ser en la práctica vuestra virtud especial y característica como adoratrices?—La humildad de amor de nuestro Señor. Sólo por esta virtud agradeceréis á vuestro bondadoso Dueño, y únicamente por ella seréis buenas adoratrices y dichosas en vuestra vocación. Por el don de vosotras mismas os habéis comprometido á no ser cosa alguna ni en cuanto á vosotras ni respecto á los demás, y la humildad solamente podrá manteneros en esa nada que es el todo de nuestro Señor. Aparte de que es la virtud del amor su propia virtud; pues como nuestro Señor nos ama excesivamente en la Eucaristía, por eso se ofrece en ella con exceso de anonadamiento. Es preciso que en vosotras encuentre un corazón que ame lo que ama Él, que ya sabéis lo que dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.»

Si no tenéis humildad, no permaneceréis puras mucho tiempo, porque el orgullo mancha el alma. Aunque fueseis caritativas, tanto como se puede ser teniendo orgullo, y aunque tuyeseis todas las

virtudes de pureza, mortificación y celo todo sería en vano, como no estuviesen nutridas y custodiadas por la humildad; todo esto disipalo el orgullo é impide que vuestras virtudes tengan consistencia.

En la gracia eucarística no estaréis sino por la humildad, y esta virtud, que es el dote del amor, os es necesaria para llegar á nuestro Señor; pues al paso que con cualquiera otra virtud podéis personificaros y deteneros en vosotras mismas, por la humildad desapareceréis para dejar que aparezca sólo nuestro Señor.

El cual no se nos comunica sino por la línea de la humildad; pues aunque quisiera enriquecernos con sus dones de ternura, contemplación y aun de éxtasis, sabe que no podríamos sostenerlos, por carecer de humildad.

San Pablo dice que nuestro Señor no fué elevado sino porque había sido humillado y anonadado; luego si queréis que nuestro Señor os atraiga hasta su corazón y os llene de favores, sed verdaderamente humildes.

Si en la humildad trabajáis, trabajáis en la verdadera santidad; y cuanto más humildes fuereis, mayor santidad tendréis, pues la humildad es medida exacta y que no engaña.

La humildad es la madre, la raíz y la flor de todas las virtudes; es la señora del poder de Dios y guardiana de sus tesoros y de todas sus gracias.

Sed, por consiguiente, humildes.—¿Y con qué clase de humildad? Con entera humildad de espíritu, que consiste en creer verdadera y sinceramente la última de las criaturas, miserable más que todas, y mil y mil veces merecedora del infierno. Confesad á Dios, con convicción y muchas veces, lo siguiente:

«Señor, no soy digna de la más pequeña de vuestras gracias, ni merezco la última de vuestras miradas. Dejadme las pruebas de la penitencia, que, en comparación de lo que merezco, son todavía un favor; dejadme en lo bajo del templo, donde está mi sitio, golpeándome el pecho como el publicano.»

De modo que os deberá contentar el que se os presente una humillación, una cruz ó cualquiera otra prueba; siempre estaréis contentas con todo, puesto que sabéis que mucho más merecisteis. En las pruebas interiores, y sobre todo en los desamparos de Dios, exclamaréis: «¡Señor, esto es nada, no es suficiente para lo que yo merezco!»—Por este medio seréis todopoderosas para con el Corazón de Dios.

Si os pone Dios en el muladar de vuestros pecados y miserias y todas las criaturas llegan á perseguiros y os abandonan, decid al punto: «Reparando estoy mi pecado y nada más de lo merecido.» Más que en su trono, Job en su estercolero glorificaba á Dios, con lo cual, triunfando de sí mismo, triunfaba de Dios.

Teniendo esta humildad de espíritu siempre estaréis contentas, nunca turbadas: cultivadla atentamente.

También es necesario adquirir la humildad de corazón, que consiste en amar á Dios en la humillación y en la prueba; en medio de la cual un alma humilde goza de paz, pues aunque ciertamente sufre su corazón, quiere por amor lo que Dios quiere, ama la voluntad crucificante de éste, y, á pesar de sus dolores todos, canta el *fiat voluntas tua*. Seguramente Dios no pide que amemos las tribulaciones por sí mismas, ni la esterilidad y persecuciones, sino su

voluntad que las envía; de suerte que si le amamos, sufriremos con paciencia, en silencio, ante su sola presencia, lo cual es sublime; se puede llorar, permite las lágrimas de la pobre naturaleza, pero pide que la paciencia santifique las lágrimas.

Entonces el corazón toma afecto á la voluntad de Dios, ámala y á todo la prefiere; vuélvese el alma cordialmente afectuosa para Dios que la prueba y es para todos dulce, al par que se dice: «Alma mía, no estés triste; conserva el rostro risueño, benévolo con los que al parecer te causan daño, porque no es su mano la que te toca, sino la de Aquel á quien quieró amar siempre, porque es digno de amor continuamente.» Por lo tanto, sed humildes de corazón, de afecto y de voluntad: y aunque no os digo que busquéis la humillación y la prueba, sí que las recibáis cuantas veces se presenten.

Sed humildes exteriormente, en la palabra y en los modales; humildemente modestas en todas partes. Sed humildes en no buscar la estimación y en que con gusto os miréis privadas de ella. La suma bondad de Dios permite que los Santos sean calumniados, mofados, perseguidos; y como el Señor lo fué, materia de honra es para vosotras el pasar por igual pena. Os digo, pues, que os alegréis de ello, puesto que si os honrasen, se arriesgaría la gloria que Dios puso en vosotras y cuya fiel devolución de vosotras espera; con que regocijaos de que os olviden, desdeñen, desprecien y aun calumnien: entonces tendréis vuestra real virtud, la humildad de nuestro Señor.

Ahora bien; para lograrla se requiere un trabajo constante, ya que nunca se llega á la perfección en esta hermosa virtud; por consiguiente, nunca des-

canséis y encaminaos hacia ella con toda vuestra energía; para lo cual Dios, infinitamente bueno, os proporcionará perpetuas ocasiones, así como también os proveerá de gracia para que las aprovechéis adecuadamente.

Humillaros debéis de continuo, porque esta virtud, lo mismo que el amor, puede siempre ejercitarse, y no reconoce obstáculo; pues mientras requieren tiempo las obras de penitencia ó de caridad, para practicar la humildad no lo hay, sino que se ejerce por la humillación exterior ó á lo menos por el sentimiento y reconocimiento de lo que sois en presencia de Dios: colocad vuestra alma en un estado de humildad y conservadla incesantemente en él mediante actos interiores de abatimiento personal.

Esa es vuestra virtud, pues sin humildad nunca seréis adoratrices; de modo que es preciso que se convierta en vosotras en virtud dominante y característica: sin humildad no hay piedad, ni oración aceptable, ni adoración en espíritu y en verdad, supuesto que su norma es la humildad. Si se os pidiese alguna gran virtud, como la fortaleza, la magnanimidad ó la penitencia, pudierais decir: «No soy capaz de subir tan alto;» pero en este caso no se trata sino de bajar, es virtud que reside en la flaqueza, en la pobreza é ignorancia, de modo que no podéis decir que sois incapaces de descender.

Así, pues, tendréis constantemente á la vista la humildad, como medio indispensable para vuestra vocación; con el bien entendido de que para adquirirla por completo no es suficiente el procurarla por la contemplación de vuestra miseria y por la humillación, sino que hay un medio más adecuado y consiste en amar á nuestro Señor en sus humillaciones.

Si le amáis, viviréis en Él, que, como es sabido, se sintetiza en estas palabras: «Soy humilde de corazón.» Si amáis á nuestro Señor, amaréis lo que Él ama, y Él ama la humildad y la humillación, como que su carácter es la humildad.

Es menester honrar á nuestro Señor del modo y con la virtud que nos enseña en el Santísimo Sacramento; ahora bien: ¿qué virtud es la que allí practica y enseña constantemente á todos y de un modo visible aun para los ignorantes?—La humildad, el anonadamiento; pues allí está más humillado que en su nacimiento, en su vida y en su misma muerte; su anonadamiento que todo lo encubre y sepulta aquí: su divinidad, su humanidad, su palabra y sus acciones.—Por consiguiente, si queréis honrarle, como cumple al deber esencial de vuestra vocación, honradle en su estado de humildad, imitadle en lo que es.—Más abajo que el hombre ha descendido, más abajo que el esclavo, más abajo que el último de los seres animados, puesto que tan sólo es una cosa, una apariencia de pan destinado á ser comido y destruido; por lo tanto, descended para ir á encontrarle allí donde se halla. Hay que glorificar á nuestro Señor humilde, y convertiros en trono para Él; es necesario que os pongáis bajo sus plantas. ¡Oh qué bajo está! Por mucho que hicieréis nunca estaréis más abajo que nuestro Señor; descended, bajad de continuo para honrarle y amarle con vuestra humildad y vuestro anonadamiento.

¿Por qué está tan humillado? Para manifestarnos que nos ama, para glorificar á su Padre y reparar el orgullo humano.—Pues bien: glorificad también á Dios con vuestra humildad, amad á nuestro Señor hasta anonadaros, y abatíos por tantas almas que

no quieren humillarse. Con la pena debida al orgullo de éstas va cargado nuestro Señor, y hay que venir á ayudarle y consolarle, llevando juntamente con Él su manto de humillaciones.

El Padre celestial os dice: «Os he dado á mi Hijo en ese estado de anonadamiento eucarístico para mostraros cuánto os ama y hasta qué punto habeis abatido por vosotros. Devolvedle lo que por vosotros ha hecho; humillaos, asociaos á su humildad, de que Él no ha querido desprenderse ni aun en su estado de gloria.»

Por lo tanto, pedid mucho á nuestro Señor el espíritu de su humildad eucarística, cuyo dechado siempre tenéis á la vista; y así como la presencia de éste os provee de la gracia correspondiente, amadla y practicadla con fidelidad. Decir deben á Dios todos los latidos de vuestro corazón: «¡Dadme la humildad, volvedme humilde, haced que yo ame la humillación!»

Ejercitaos en ella diariamente; por la mañana, en el examen de previsión, proponed algunos actos de ella para efectuarlos durante el día; agotad sucesivamente todos los actos y las aplicaciones todas de la humildad de corazón, de la mente y del cuerpo: ahí tenéis trabajo para mucho tiempo, y con esto no os hallaréis indecisos á causa de no saber qué resolución adoptar.

Ya os dije: «¿Queréis agradar á nuestro Señor é internaros en lo esencial de vuestra vocación?—Dadle vuestra personalidad.»—Y hoy añado: «¿Queréis perseverar en ese don que hicisteis?—Únicamente lo conseguiréis con una humildad constante, porque es necesario que la humildad sea alimento de dicho don; supuesto que si siempre sois humildes, siem-

pre seguís dándoos, ya que por la humildad salís y descendéis de vosotras mismas para dejar el sitio á nuestro Señor.» Por consiguiente, como la virtud práctica del don de sí mismo se halla en la humildad, abrazaos á ella de todo corazón.



DE LA VIDA SOBRENATURAL

Con referencia al servicio de Dios y al trabajo de vuestra perfección, se presenta una cuestión capital que sobresale entre las demás, como que es vida de ellas y consiste en saber si vivís sobrenaturalmente, si vivís de la gracia y de la misma vida de nuestro Señor. Harto comprendéis que el vivir de un modo meramente natural y dar con el medio de paralizar la gracia de Dios dentro de una vocación tan llena de amor y de gracias, fuera la mayor de las desventuras.

Fijase esta cuestión en los términos siguientes: Vamos de la tierra al cielo, pues Dios nos ha creado para este divino fin; la tierra es solamente una preparación, durante la cual recibimos medios proporcionados á nuestro fin y que, por consiguiente, son divinos; la gracia de nuestro Señor es la que en realidad levanta la vida del hombre á un estado sobrenatural y divino, y nosotros recibimos el poder de vivir en un estado sobrenatural, de pensar, amar y obrar sobrenaturalmente y de seguir aún en la tierra la vida de Dios, la vida del cielo, según esta frase de San Pablo: «Nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo.»

Dios nos da continuamente esta gracia, pues para aumentarla y renovarla están los Sacramentos de la Iglesia; pero ¿ignoráis que rodeado de gracias, viviendo en estado santo, trabajando mucho, se puede, á pesar de todo, estar obrando naturalmente? Pues en este caso, nada se efectúa para gloria de Dios ni se gana cosa alguna para el cielo. ¡Oh! ¡Qué terrible poder es ese que poseemos de corromper la gracia de Dios y de realizar por nosotros mismos y naturalmente las mejores obras, en vez de no hacerlas sino por Él y por su gracia!

Se incurre en este defecto con tanta mayor facilidad, cuanto se vive en un medio más piadoso, por que en él las apariencias engañan. Lo que induce á error, burla, ilusiona y mantiene en la vida natural, es que se recibe más gozo y se encuentra mayor paz en las buenas obras que se ejecutan por espíritu natural, siguiendo la propia inclinación, que en aquellas que sobrenaturalmente se verifican. Este contento engaña á muchas almas, que lo juzgan aprobación de Dios: mas ¿cuánto engaño hay en esto! ¿No vemos tranquilos y felices á cristianos que están en pecado por omisión de los deberes esenciales, que no se confiesan, que no cumplen con la Iglesia? Estos conservan hábitos cristianos, rezan, van á Misa, cumplen bien los deberes de su estado, están en paz y son felices; pero ¿y el remordimiento? — No lo sienten y así se les recompensa el bien natural que hacen, pero es una recompensa que tampoco pasa de natural; esta es la paz de los judíos, la felicidad en el tiempo. Viven engañados sobre esta materia y se admiran de que se les hable de conversión. — Aun que no reza con vosotras, conviene que notéis en ese estado cuán sujeto se halla á ilusión el bienes-

tar que se experimenta en las obras que se realizan; de suerte que cuando hagáis algo y sintáis gozo natural, podréis decir las más veces: ¡Oh! Ya está aquí mi recompensa; nadá tengo ya que esperar del cielo.

Trabajar naturalmente es amontonar en un saco agujereado que nada conserva,

Pero, ¿qué es entonces vivir naturalmente? — Trabajar para sí, ser el fin de sus propios actos, en vez de hacerlos para Dios, obrar por el movimiento de la inclinación que se siente y del amor propio, y buscarse uno á sí mismo, su descanso ó su adelanto natural en lo que se hace.

Sois naturales si sois sensuales en vuestra mente, procurando satisfacer la curiosidad que sentís; en vuestro corazón, si buscáis la expansión, el reposo en el afecto de la criatura ó bien si caéis en abatimiento cuando Dios os retira sus consuelos; en vuestro cuerpo, si os permitís inclinaros á la molicie y aspiráis al descanso; sois naturales si no aceptáis los estados en que Dios os coloca, las sequedades, las tentaciones, los sufrimientos, ó si, en vez de aceptarlos con paciencia, decís impacientemente: «¡Oh! Yo quisiera ser dichosa.»

¡Temed esa vida natural! ¡Pues qué! ¿Habráis dejado las riquezas y los placeres del mundo para entregáros á Dios, y daríais ahora en la lindeza de perderlo todo á causa de trabajar tan sólo para vosotras?

Nuestro mísero yo es la raíz de la vida natural, el amor propio que quiere ser su fin y gozar de lo que efectúa; no, seguid á nuestro Señor y llevad su cruz; ya sabéis que el que lleva su cruz no goza.

La fe es necesaria á la vida sobrenatural, pero

sola no es bastante, porque también puede hallarse en el pecador, y lo que hace el pecador no puede computarlo para el cielo, pues sus obras están faltas de la vida divina, que comienza por suponer el estado de gracia, la exención de todo pecado mortal.

La vida sobrenatural consiste primeramente en hallarse en estado de gracia, en ser amigo de Dios y en vivir en ese estado de fe activa que opera por la caridad. Aunque no se hiciese durante la vida más que una sola cosa, á saber, mantenerse en el estado de gracia, esto sería la perfección, porque supone una delicadeza consumada en no ofender á Dios. Entonces el estado de gracia nos haría practicar todas las virtudes, porque el Espíritu Santo, que en nosotros estaría, excitaría incesantemente nuestra voluntad y constantemente nos movería á producir actos santos, así como una tierra convenientemente preparada y sembrada da su fruto fielmente. El estado de gracia lo vivifica todo, y perfeccionándose lo perfecciona todo; por lo cual dicen algunos místicos: Siempre conservad vuestro estado de gracia, y es suficiente, porque todo cuanto hagáis bajo su influjo será puro y natural, supuesto que el estado santifica los actos; y de igual manera que en nuestro Señor la unión de la persona del Verbo con su humanidad realizaba sus más pequeñas operaciones y las constituía en obras divinas, si os halláis en estado de gracia y obráis en virtud de ese estado, todo cuanto hagáis es bueno y meritorio ante Dios.

Como quiera que sea, se requiere una intención para sobrenaturalizar nuestras acciones; y supuesto que hay muchas ¿cuál es la necesaria?

Para esto quieren unos que se obre con intención

sobrenatural y actual, de modo que antes de cada acción se debe decir por lo menos interiormente: «Dios mío, os ofrezco este pensamiento, esta acción por tal ó cual motivo sobrenatural;» en razón á que es suficiente un motivo de cualquiera virtud, aunque lo perfecto estaría en un motivo de amor.

Sin embargo, es difícil tener siempre esta intención actual, por lo cual dicen muchos que basta la intención virtual. La cual se tiene cuando la acción que se ejecuta procede de una voluntad antecedente que se ha tenido y dura todavía en su influjo y virtud. Así, el ofrecer á Dios por amor en la mañana todas las obras del día sería suficiente para convertirlas en actos de amor, con tal que no se retracte la intención primera y que el acto que se ejecute sea bueno en sí mismo y capaz de ser grato á Dios, sea cualquiera la virtud á que en último resultado pertenezca. La intención virtual puede durar más de un día en ciertos casos en que el ánimo está vivamente impresionado, como en una pena, en una cruz, y santificar todos los sufrimientos de esta cruz, sin que se piense nuevamente en ofrecer particularmente cada uno de ellos.

Algunos llegan á decir que es suficiente la intención habitual, que es aquella que no obra ya directamente sobre la acción que se ejecuta, sino que habiéndose puesto con anterioridad y no habiendo sido positivamente retractada, júzgase por esto sólo que persiste todavía. En este caso, el estado de gracia por sí solo, sin necesidad de otros motivos, bastaría para convertir en meritorios y sobrenaturales cuantos actos se ejecutan, todos los actos buenos, probos, pertenecientes á cualquiera virtud; siempre que el justó los realiza.

Claro está que es lo mejor tender á tener la intención sobrenatural actual ó virtual; pero este último sentir es muy estimulante y realza considerablemente la nobleza y la virtud del estado de gracia.

En tal caso se requiere gran vigilancia para evitar los pecados voluntarios; pues mientras que el pecado de flaqueza no destruye para siempre la intención, pues lo que hace es dejarla en suspenso para inmediatamente recuperarla, los que por mala voluntad se cometen y por afecto al pecado, paralizan el estado de gracia y guían á perderle por el pecado mortal.

Por esto, conserváos extremadamente puras, á fin de que todo cuanto hagáis lo sea de igual manera.

Ninguna exageración quiero, pero tampoco flojedad ninguna; por eso os diré: Pensad siempre que podiereis en renovar vuestra intención sobrenatural, y haced esto especialmente cuando paséis de una acción á otra, pues aunque sé que os halláis en estado santo y sobrenatural, lo más seguro es remontarse continuamente y hacer que el estado en que uno se encuentra produzca el mayor número posible de actos, sin lo cual la intención habitual, y hasta la virtual, languidecen y se incapacitan para sobrenaturalizar nuestros actos. Y cuando esto sucede, ¡cuántos méritos perdidos! Podrán nuestras acciones ser todavía relativamente buenas; pero dejan de merecer la recompensa eterna.

Aparte de esto, obrad cuanto más pudiereis en conformidad con la perfección de vuestro estado de gracia, pues que un estado de caridad y de amor de Dios es el que mantiene en el alma al Espíritu Santo que en ella reside. ¿No será justo proceder, cuantas más veces se pueda, por la virtud propia de ese

estado, por amor? Entonces el alma quiere, no solamente no desagradar á Dios, sino placerle, serle grata mediante aquello que mejor le es dado realizar. Siempre busca lo más perfecto, porque sabe que eso es lo que más agrada á Dios; y aunque determinada cosa no sea necesaria ni prescrita, el saber que gustará á Dios es suficiente para ella, y hasta es su consigna é inspiración.

Entonces el alma teme el pecado, el más leve pecado, no tanto por su fealdad y por el bien de que la priva, como porque desagrada á Dios, hiera su amor y ofende á la delicadeza de la amistad.

No está lo heroico en no desagradar, sino en agradar continuamente, y es menester lograrlo, pues tal es el instinto del amor filial y sobrenatural, y en eso consiste la perfección de la vida cristiana, de la vida de la gracia.

Vivamos, por consiguiente, con el pensamiento de agradar á Dios, sin jamás disgustarle; para lo cual andemos siempre en su presencia, por más que esta presencia no está lejos de nosotros, pues en nosotros mismos se halla viviente y obrando, y es la presencia real de Dios, del Espíritu Santo, de Jesús, en el cual debemos fijar la mirada de nuestro corazón, sin permitir que de Él nos separen ni cosas ni personas; de este modo conoceremos en seguida qué quiere y qué no quiere, y, conocido su agrado, nos será suficiente para obrar.

